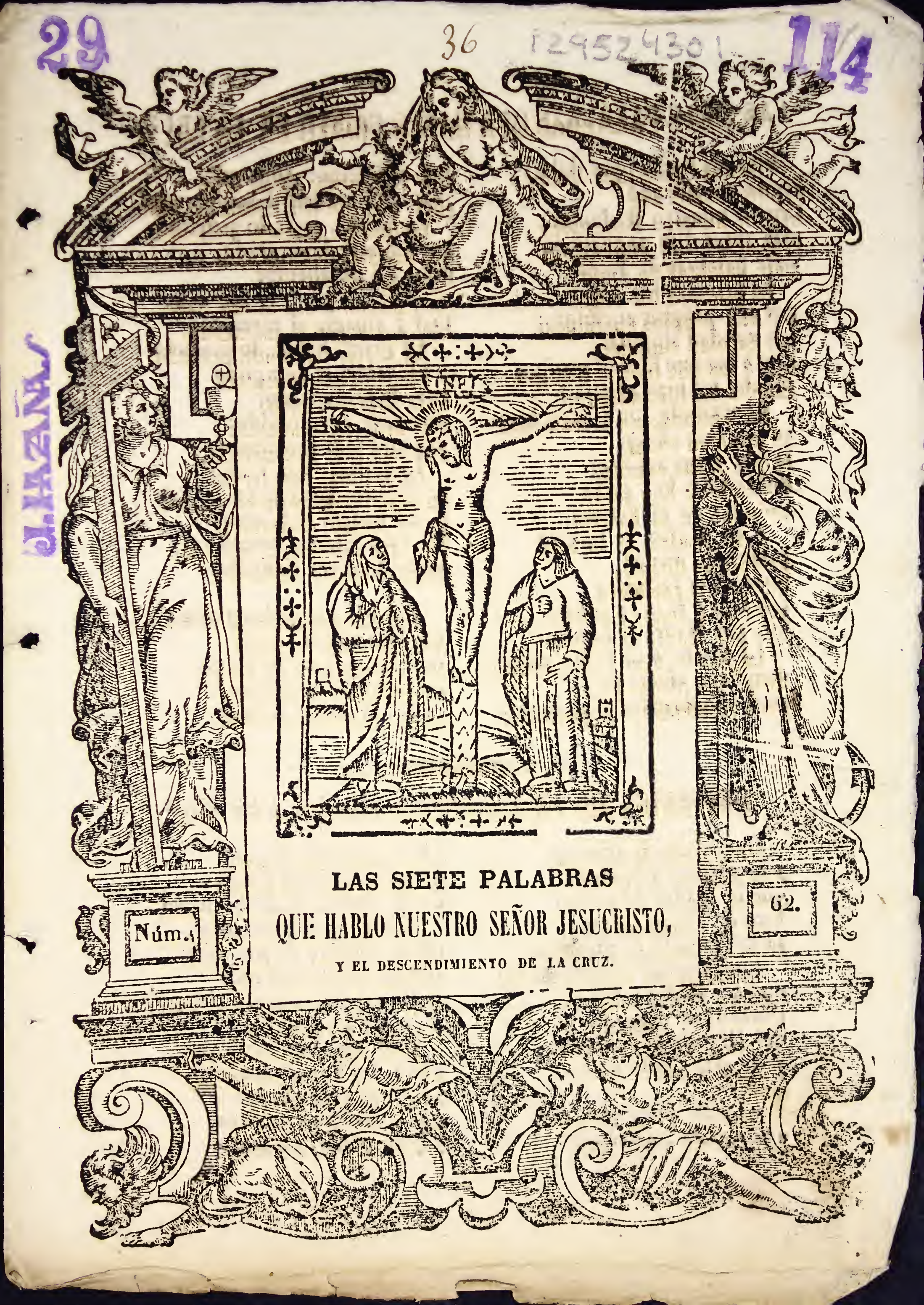
29 36 12952430 114

J. HAZAÑAS



LAS SIETE PALABRAS
QUE HABLO NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
Y EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

Núm. 62.

LAS SIETE PALABRAS QUE HABLO CRISTO EN LA CRUZ.

Viernes Santo ¡qué dolor!
espiró crucificado
Cristo, nuestro Redentor;
mas antes dijo angustiado
siete palabras de amor.
La primera fue rogar
por sus propios enemigos;
¡oh caridad singular,
que á los que fueron testigos
mucho les hizo admirar!
La segunda, un ladron hizo
su peticion eficaz,
la que Jesus satisfizo
diciéndole: hoy serás
conmigo en el Paraiso.
A su Madre, la tercera
palabra le dirigió,
diciéndola recibiera
por hijo á Juan, y añadió,
que por Madre la tuviera.
La cuarta, á su Padre amado
dirije con afecto pio,
pues viéndose tan angustiado,
dijo al Eterno: ¡Dios mio!
¿por qué me has desamparado?
La quinta, estando sediento,
por hallarse desangrado,
dijo casi sin aliento:
«*sed tengo*» y allí le fue dado
hiel y vinagre al momento.
La sesta, habiendo acabado
y plenamente cumplido
todo lo profetizado,
dijo muy enternecido:
«*ya está todo consumado.*»
La sétima, con fervor
su espíritu entrega en manos
de su Padre, con amor.
De esta manera, cristianos,
murió nuestro Redentor.

Por las angustias y penas
que padecisteis, Jesus,
en la cruz, pido de veras,
merezcamos ver tu luz
en las moradas eternas.

DESPEDIDA DE LA SANTISIMA VIRGEN A SU HIJO.

Oye, alma, la tristeza
y la amarga despedida
que la Madre de pureza
hizo de Jesus, su vida,
postrada ante su grandeza.
Contemplad cuán dolorida
nuestra Madre soberana,
llorando se despedia
del Hijo de sus entrañas,
y de esta suerte decia:

«Adios, Jesus amoroso,
adios, claro sol del alba:
adios, celestial Esposo,
de mi virginidad palma,
de mi vientre fruto hermoso.
Adios, lucero inmortal,
adios, lumbre de mis ojos;
que me dejas cual rosal
entre espinas y entre abrojos,
y en una pena mortal.
Hijo, que á morir te vas,
adios, fin de mis suspiros,
ya no te veré jamás,
pues nací para serviros,
y para penar, no mas.»

RELACION MISTICA DE LA DOLOROSA PASION Y MUERTE DE
Ntro. Señor Jesucristo, y el descendimiento de la Santa Cruz.

Alma, si eres compasiva,
mira, atiende y considera,
al pie de la cruz, María,
viendo estar pendiente de ella
á su dulcisimo Hijo,
abierto con cinco puertas,
corriendo arroyos de sangre,
coronada la cabeza
de penetrantes espinas
corriendo sangre por ellas,
que por su divino Rostro
de hilo en hilo gotea.
Mira aquel color difunto,
y aquella boca de perlas,
parece un clavel morado
de haber caido en las piedras;
las rosas de sus mejillas,
dos cardenales en ellas,
su garganta que á la nieve
no le hacia diferencia,
desollada y denegrida;
hombros y espaldas abiertas,
que de los fuertes azotes
los huesos se ven por ellas.
En los brazos y rodillas
tiene las llagas abiertas
de haber caido en el suelo
llevando la cruz acuestas.
llagado y corriendo sangre
de los pies á la cabeza.
Su Madre le está mirando,
oye como se lamenta:
Hijo de mi corazon,
¿qué culpas fueron las vuestras,
que asi os quitan la vida,
siendo la misma inocencia?
¡Oh todos los que pasais,
atended, mirad mi pena,
si hay dolor que á mi dolor
pueda hacerle competencia!
Solo este Hijo tenia,
y por envidia y soberbia,
sin culpa me lo han muerto..
¡Ay Jesus! que me atraviesa
una espada el corazon.
¡Ay que la noche se acerca!...
No tengo una sepultura,
ni una mortaja siquiera;
no hay quien de la cruz lo baje:
¿qué hará esta esclava vuestra?
Angeles de mi custodia
¿cómo no aliviais mi pena?
Los ángeles respondieron
no nos han dado licencia
de bajar, que vuestro Hijo
no corre por nuestra cuenta.
Volvió la Vírgen los ojos,
y viendo que viene cerca
una cuadrilla de gente
que traen dos escaleras,
le dijo sobresaltada
á san Juan de esta manera:
dime, Juan, hijo querido.
¿sabes qué gente es aquella?
¿qué injuria querrán hacer
á esta infinita grandeza?
San Juan dijo: Madre mia,
dejad y no tengais pena,
que son José y Nicodemus,
y vendrán á cosa buena.
Llegan los santos varones,
viendo á la divina Reina
al pie de la cruz llorando,
y á su Hijo muerto en ella;
á sus pies se arrodillaron,
comenzaron con gran pena
á espresar su sentimiento,
y á las palabras primeras,
con la fuerza del dolor
todos á llorar comienzan.

Lloran José y Nicodemus,
llora la Sagrada Reina
y todos los que allí estaban,
tambien Juan y Magdalena;
tales eran los sollozos,
que los corazones quiebran:
mas la Dolorosa Madre
dijo: la noche se acerca,
y José con Nicodemus
arriman las escaleras
al santo árbol de la Cruz,
y ambos subieron por ellas.
Quitáronle la corona,
se la dan con reverencia
á la Dolorosa Madre,
y tomándola la besa:
corona que el Rey del Cielo
tuvo puesta en la cabeza,
haz, mi Dios, que los mortales
la traten con reverencia.
Luego la dieron los clavos
y con humildad los besa;
¡oh clavos que atravesábais
aquellas palmas supremas
que al Cielo y todas las cosas
dieron ser y las conserva!
heristeis mi corazon
con una aguda saeta.
Bajan el difunto Cuerpo,
y san Juan por la cabeza,
Magdalena por los pies,
á la Virgen se lo entregan,
y teniéndole en sus brazos,
mirando aquella belleza
que está tan desfigurada,
muy triste á decir comienza:
venid, los que teneis sed,
que están las fuentes abiertas;
venid, los que estais hambrientos,
á este Pan de vida eterna;
venid, los que estais enfermos,
que la medicina es esta;
venid, que á todos convido,
pues que á nadie se niega.
Luego José y Nicodemus
con los ungüentos que llevan
ungen el divino Cuerpo,
y en una sábana nueva
le envolvieron, y un sudario
pusieron en su cabeza,
y con amorosos pasos
hácia el sepulcro se acercan.
Van muchos fieles delante,
y los que al difunto llevan,
Nicodemus y José,
(que fue su suerte tan buena),
el Centurion y san Juan,
luego va la humilde Reina
cercada de serafines,
las tres Marías con ella;
mas en llegando al sepulcro
le ponen con reverencia,
y luego cierran la losa.
Muchos ángeles se quedan
acompañando al Señor:
los demas dieron la vuelta
y al pasar por el Calvario
adoró la triste Reina
el santo árbol de la Cruz,
todos los demas con ella.
A Jerusalen caminan,
mas al despedirse de ella
todos se apartan llorando,
y su bendicion les echa.
Al Cenáculo se fue
con Juan y la Magdalena,
hasta la Resurreccion,
que con grande fé la esperan.
Tratemos de acompañarla
y consolarla en sus penas,
para recibir el premio
despues en la vida eterna.

MADRID:=1849.
Imprenta de D. J. M. Marés, Corredera de S. Pablo, núm. 27.